

LESTER DEL REY
JAQUE MATE PSIQUICO

SUPER
FICCION



El ingeniero Harry Bronson es un tipo que de pronto, y para horror suyo, se descubre poseedor de poderes psíquicos: telepatía, clarividencia, precognición.

Al igual que los otros telépatas, Harry esta condenado a acabar loco...

Como llega a entender sus poderes y sus limitaciones, a descubrir sus orígenes y a evitar la perdida del autocontrol, y como encuentra ayuda en una fuente inesperada y totalmente extraña forman la trama de esta tensa novela.

*Esta obra tenía que ir dedicada
a Judy-Lynn Benjamín,
una Primate de lo más agradable*

*Ahora, felizmente, lo está
a Judy-Lynn del Rey,
la más encantadora de las esposas*

1

Infierno

Martha despertó al oír el rumor sordo de unos pasos al otro lado de la puerta. Durante el breve instante que transcurrió antes de que retirase la tapa de la mirilla, sus ojos se entreabrieron ligeramente para examinar el espejismo de sala en que se encontraba.

Era pequeña pero cómoda, e imitaba la habitación privada de un lujoso sanatorio. Frente a una sólida puerta había una ventana de gruesos cristales desde la que no se podía percibir la noche del exterior. Una luz suave se cernía sobre la discreta jovialidad de los cortinajes y alfombras, sobre la silla tapizada, la mesa acolchada bajo el espejo que se incrustaba en la pared y la cama que casi lograba disimular su diseño funcional, hospitalario. Incluso había una imagen de ella misma, contrahecha, en el espejo: una figura corpulenta con pijama y bata floreados, recostada con las rodillas alzadas, observándose a sí misma con los ojos semiabiertos. Año tras año, los malvados habían ajado aquella imagen hasta que el cabello que rodeaba su rostro hosco y descuidado se había vuelto casi completamente gris. Si hubiera tenido la debilidad de seguir viviendo, ahora tendría una apariencia como aquella.

Las criaturas habían entrado sutilmente... y, como siempre, de un modo demasiado rápido para ella. En veinte de los años del Muchacho, nunca había logrado captarlas antes de que la Sala y la imagen estuvieran completas.

Oyó moverse la mirilla y cerró los ojos antes de que aquella cosa extraña pudiera verla. La pesada respiración le

indicó que aquella vez se trataba del MacAndrews. Se abrió la puerta y escuchó los pesados pasos que avanzaban...

¡Henry!

... y la voz asmática, llena de reproches, con la sibilante amabilidad y preocupación que ella esperaba del MacAndrews.

—¿Y bien, Martha, qué me cuenta la enfermera? ¿Se niega a comer? No podemos seguir así, ya lo sabe. No querrá que volvamos a la alimentación forzosa, ¿verdad?

La voz hizo un alto, en espera de una respuesta, pero ella no iba a caer con tanta facilidad en el engaño de ponerse a discutir. A pesar de todas las tretas, había aceptado que el aparente control de su cuerpo no era sino otra ilusión, y ya estaba harta de los esfuerzos que hacían para convencerla de que no estaba muerta, sólo para quebrantar su resistencia y alcanzar así la parte de ella que la mantenía firmemente trabada entre aquel lugar y el túnel que llevaba al mundo.

Volvió a deslizarse por la rampa resbaladiza de su mente, hasta muy cerca del profundo pozo que bajaba, negro y oscuro, sin final. En alguna ocasión la había asustado; hubiera sido tan sencillo deslizarse y caer eternamente, dando vueltas y vueltas en aquellas profundidades, sin fondo que alcanzar, cayendo a plomo y cada vez más profundamente en la negrura de sí misma, mientras aquellas criaturas se apoderaban del lugar que había ocupado. Pero ya se había acostumbrado a ello y se retiraba a aquel rincón hasta que apenas le llegaba el murmullo de la voz del MacAndrews, todavía halagándola. ¡Qué estúpido! No iba a tragarse toda aquella comida llena de drogas para hacerla confesar, como tampoco iba a creerse todas aquellas mentiras que disponían a su alrededor. Ella se sabía muerta, sabía dónde se encontraba y que finalmente tendría que irse adonde ellos querían que fuese. Pero todavía no... ¡No antes de saldar su deuda con el Muchacho!

Al final, naturalmente, sería condenada por lo que se había hecho a sí misma. Quizás aquellas sólo fuesen criaturas inferiores que intentaban hacer con ella el trabajo que se les había encomendado. Pero no podrían enviarla más allá hasta que obtuvieran pruebas de que ella se lo había hecho en efecto a sí misma, o hasta lograr que lo admitiera mediante engaños. Todos sus intentos habían fracasado. Había resultado demasiado lista para ellos; había hecho que lo que le sucedió pareciese un accidente, había visto a través de las ilusiones de todos ellos y nunca confesaría. No iba a ir con ellos ni a sumergirse en las profundidades de sí misma mientras el Muchacho estuviera aún allí, afectado por la tara de ella.

¡Henry!

El leve sonido del MacAndrews al suspirar. Fue saliendo del pozo negro y aguardó, atenta a los pies que se arrastraban sobre la alfombra, al clic de la puerta y al sonido final de los pasos alejándose por el pasillo, a que el MacAndrews volviera a convertirse en lo que era en realidad. Una vez más había ganado.

Estaba segura de que habían deshecho la ilusión de habitación, pero se sentía demasiado cansada para mirar, consciente de lo inútil que sería. Mejor así, con la húmeda oscuridad a su alrededor en que reposar el cabello rizado, las bellas rosas en el jarrón, polvo y ceniza sobre la cabeza como una nube de fatalidad, por el menor pecado en el asiento posterior del entendimiento.

Se descubrió a sí misma asiéndose frenética a los muros resbaladizos que la estaban dejando caer en el foso sin fondo. Arañó y luchó hasta que halló la escala de los antiguos versos, los que le habían sido revelados tras el Cambio. Sintió el recuerdo estremecedor de lo extraño y las cosas comenzaron a escapar de su conciencia, pero en aquel momento ya había comenzado las palabras del poema que resumía sus necesidades, y las recitaba una y otra vez, esca-

lando de nuevo hacia la estabilidad existente entre el pozo y el espejismo que se cernía tras ella:

Unidos en el odio, esperando saciados, resbalando en un sueño rastreador; humilde torpeza, confuso conjuro: destruye al cachorro que supone un estorbo.

Había ocasiones en que ya no podía entender aquellas palabras en absoluto, pero todavía servían. Destiladas de su mente frenéticamente evadida, las palabras todavía la mantenían, le permitían relajarse y caer en un estado que hubiera sido el sueño, de haber estado viva. Ya no podía hallar aquel descanso cuando su mente estaba excitada. En otra época, su mente abarcaba en todo momento al mundo en su totalidad, pero ahora sólo había aquel túnel hacia el Muchacho, y no podía alcanzarlo hasta que todo lo demás desaparecía de su mente y ésta quedaba en blanco; era entonces cuando podía pedir auxilio mediante el símbolo que había establecido. Era una apertura tan pequeña hacia él...

¡Henry!

Terrible, desesperada urgencia en su necesidad de regresar. Pero al fin apareció el lóbrego hilo, y pudo guiar sus pasos por el túnel que aquél marcaba. Se expandió por las distancias infinitas, nadando hacia el objetivo que una vez le fuera familiar. Poco a poco, en el túnel apareció cierta abundancia y amplitud. Luego surgieron unos caminos y un paisaje que le resultaron bien conocidos.

Por un instante, aquella sensación de familiaridad la tranquilizó, hasta que el horror que sentía ante lo que podía suceder, lo que iba a suceder, la desequilibró otra vez. Incluso allí le llegaban leves susurros de lo que le esperaba, aunque sus corrompidas facultades psíquicas ya no funcionasen siguiendo su voluntad o la conciencia de lo que la rodeaba.

Tomaban forma en ella los síntomas de una oscura posesión, unos síntomas que no deberían existir. Estaba el Hombre de Blanco, una sombría figura que venía del pasa-

do y que comenzaba a comprender la norma del Muchacho. Había creído que el Hombre de Blanco había muerto hacía mucho tiempo, pero no era así. Hacía poco, su sombra había vuelto para entrometerse y causarle daño, como había hecho con los planes de ella sobre el Muchacho, cuando por primera vez fuera en busca de la Amada Muerte. Iban a dejar entrar otra vez al mal, aquel mal que el propio Hombre de Blanco había conjurado mediante lo desconocido. También estaba el Hombre Siniestro —con su ansia y sus oscuros deseos de un mal que no podía ser el suyo— y con él traía algo...

Se puso en tensión en aquella zona cerrada y durante un breve instante su mente pareció aclararse, lo que le permitió ver más cosas. Estaba la Chica, la Chica Corrompida. Corrompida porque le había robado al Muchacho, porque había guiado al Hombre de Blanco hasta él, porque le iba a conducir al horror.

Martha quiso llorar a causa del comportamiento de la Chica, pero sólo tenía lágrimas para su propia impotencia. Aun en esos instantes, se cernía sobre ella un velo demasiado espeso para su pobre mente muerta. Era como el polvo que presagia al viento, y no había nada que pudiera hacer directamente. ¿Iba a convertirse en nada su amor por el Muchacho? ¿Iba a negársele el deseo de que él muriera, deseo que sentía incluso al precio de una condenación cierta? Debía de haber algún modo imposible de llegar hasta él, de protegerle de todo lo que de otra forma sería inevitable, de esquivar de nuevo el mal cierto y presagiado. Pero estaba tan cansada, tan débil, y la cosa que le habían puesto en el cerebro le dolía tanto...

¡Henry!

Dolor.

2

Escaleras

Mientras conducía su Citroën modificado por la calle Washington, Harry Bronson se daba cuenta de que era un estúpido por ocurrírsele siquiera la idea de detenerse en la reunión de los Primates, en lugar de dirigirse directamente a su casa. A ninguna persona sensata se le ocurría salir en una noche como aquella, en que la fuerte e inoportuna nevada había cubierto las calles de una capa de hielo, haciendo de Manhattan una zona catastrófica para todo lo que se moviera.

De ordinario, Harry no era nada aficionado a salir de su casa, ni siquiera cuando hacía buen tiempo, a pesar de que su recia complexión y su facilidad de movimientos confundían a los amantes de los deportes, los cuales le hacían propuestas que siempre eran mal recibidas. Su piel parecía tener un sano color, pero se quemaba terriblemente bajo el ardiente sol del verano. Sus ojos eran extremadamente sensibles, ajustados a unos niveles de luz más bajos de lo normal. Su cabello castaño tenía la finura del de un niño y se le enredaba por la cara al menor soplo de viento. Por último, durante un experimento con cohetes en la escuela se rompió la nariz, y desde entonces le dolía y le producía molestias al menor contacto con el aire frío. Por lo general, consideraba los rigores de la naturaleza algo tan poco placentero como cualquier esfuerzo atlético innecesario o como los juegos de salón.

Sin embargo, aquella tormenta se le echó encima inesperadamente, refutando todas las predicciones meteoroló-

gicas del día. Había escuchado los informes matutinos y decidido que ya no podía esperar más para hacerse con los duplicados de los informes de ingeniería que su socio, Sid Greenwald, se había dejado en casa por descuido. El lugar donde Sid vivía estaba a unos sesenta kilómetros, en Nueva Jersey, pero había calculado que aquello no le iba a representar más de dos horas al volante entre ir y volver. Además, Harry quería ver cómo se portaba el coche sobre la nieve, ahora que acababa de arreglar el motor.

No había contado con el accidente en cadena —justo en la salida de la autopista— de todos aquellos automóviles fabricados en Detroit, tan brillantes, tan superpotentes y tan faltos de una buena tracción, ni con la imbecilidad del conductor medio en las carreteras heladas.

Se había visto detenido durante más de dos horas, mientras lentamente se procedía a retirar los coches de la rampa helada que tenía ante sí. Luego, había decidido olvidarse de las carreteras principales, en las que el tráfico sería todavía muy denso, y se las había ingeniado para perderse por rutas secundarias. Cuando llegó a casa de Sid y encontró los papeles en los archivos de su socio, era ya noche cerrada. Había pensado pasar allí la noche, pero desistió al no encontrar nada que comer. Por suerte, de regreso las carreteras ya estaban casi libres de tráfico, pero eran casi las once cuando por fin cruzó el túnel Holland.

El semáforo se puso rojo y Harry comenzó a frenar con cautela, aunque no era necesario ningún control de tráfico en aquellas calles desiertas. Además, la patrulla más próxima debía de estar probablemente en algún agujero, tomando una buena cena caliente. Se inclinó hacia delante y contempló por el parabrisas la vieja calle, con su lóbrego y feo aspecto. Ni la oscuridad ni la nieve podían proporcionar un poco de belleza a las sórdidas casuchas y a los escaúldos restos de las antiguas factorías de productos cárnicos. La mayor parte de las ventanas estaban a oscuras, pero en el cuarto piso de uno de los edificios la luz encendida in-

dicaba que los Primates estaban celebrando una sesión. No obstante, aquello no quería decir que nadie hubiera desafiado al mal tiempo. Dave y Tina Hillery asistían aunque hiciera mal tiempo, pues vivían en la misma planta del edificio. Fred Hemmet, a quien se suponía que Harry debía ver, estaría probablemente en su casa, metido en la cama.

Además, la breve nota del fabricante de coches deportivos indicaba simplemente que había encontrado a Sid Greenwald en Europa y que le proporcionaría más detalles durante la reunión de los Primates. No había indicio alguno de que se tratara de algo importante; el propio Sid habría enviado un cablegrama caso de haber surgido algún inconveniente o haber realizado un auténtico progreso en la tarea de colocar su motor a uno de aquellos fabricantes de coches extranjeros, tarea que le había mantenido ausente durante más de dos meses. Difícilmente habría utilizado Sid a Emmet como mensajero; el director era como mínimo un pelmazo, con una especial afición a la fuerza bruta y a la velocidad; y ahora, tras haber engullido los diseños de carreras de alemanes e italianos, sería aún peor.

Harry casi se había decidido a dirigirse a casa, cuando el semáforo se puso verde. Descubrió un lugar donde aparcar, casi libre de nieve y exactamente delante del edificio, y cambió de idea. Manióbró y cerró el contacto. El calentador aminoró hasta detenerse, y Harry tembló ante el quejido repentinamente audible del viento que soplaba fuera. Se revistió de valor, abrió la puerta y, atravesando con rapidez la capa de hielo, penetró en el vestíbulo, débilmente iluminado.

Flotaba allí un acre hedor a mohos, a col hervida y a ropas en remojo. En las mugrientas paredes, el yeso se caía a pedazos, y los peldaños de la estrecha y retorcida escalera estaban desgastados. Harry hizo una mueca; le disgustaban las escaleras, y aquella era, además, deprimente por completo. A medio tramo, había una puerta sin cristales que habían sido reemplazados por una sábana desgarrada. En

aquel momento, de detrás del lienzo, salían los chillidos de una mujer borracha, cuya voz se alzaba iracunda y grosera. Por un instante, sus alaridos bajaron de tono al oírse una fuerte bofetada, pero después continuaron con creciente volumen. Un perro se puso a ladrar, y luego un bebé comenzó a llorar, asustado.

Harry se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras. No era la primera vez que oía la voz de la pobreza en ese lugar (¿o era sencillamente la de la humanidad?). Las voces se fueron perdiendo tras él mientras subía los inestables escalones. Débiles bombillas señalaban los rellanos, pero las puertas seguían oscuras y silenciosas. Una de ellas tenía un crucifijo luminoso y barato.

¡Henry!

La voz de sus pesadillas le gritó, haciéndole estremecer. Su mente quedó paralizada por un soplo de puro terror que le heló los pulmones y el corazón. Aguantó la respiración y se echó un peldaño hacia atrás, totalmente tenso ante aquel mismo horror que en ocasiones le había hecho despertarse de sus sueños, bañado en un sudor frío. ¡Tenía que irse de allí! Allí arriba le esperaba algo extraño a toda sensación humana, algo que nunca debía...

Se dominó. Pero le quedó un rescoldo de espanto, además de la sorpresa de que la voz hubiera llegado a él estando despierto; hasta entonces, la llamada siempre se había producido en plena noche, cuando dormía a pierna suelta y sin sueños. Respiró profundamente, se secó el sudor de la frente con la manga y comenzó a subir otra vez. Cuando llegó al piso superior, donde un rótulo escrito a mano indicaba la sede de los Primates, la agitación casi le había pasado por completo. Al otro lado de la puerta se oía un barullo de voces que indicaba que la reunión ya había comenzado. Por lo visto, el mal tiempo había servido de reto para los miembros del club. No había manera de predecir cuándo podía haber una buena concurrencia a las reuniones.

Volvió a dudar, obsesionado por la sensación de que no tenía nada que hacer allí; pero antes de que la inquietud le dominase, abrió la puerta y entró.

El viejo apartamento estaba totalmente lleno. El aire se podía cortar, a causa del humo, el calor bochornoso y el olor de las estufas de queroseno. El humo, como bien sabía Harry, procedía por entero de pipas y cigarrillos; era extraño, pero en aquellas reuniones no se producía nunca consumo de marihuana. Las ventanas y las sucias paredes estaban cubiertas en su mayor parte por metros y metros de telas baratas de variados diseños. Sillas desvencijadas y decrepitos sofás se alineaban en las paredes de las habitaciones, al otro lado de lo que en sus tiempos fuera la cocina, pero la mitad de los asistentes estaban de pie, en pequeños grupos.

Harry dejó su abrigo sobre una mesa en que se apilaban los de los demás, al tiempo que un hombre bajito y una muchacha alta y de busto exuberante cruzaban el recibidor en dirección a él, vestidos con varios suéters gruesos y chaquetas de riguroso invierno.

—Hola, Harry —dijo Dave Hillery, en tono alegre—. Justo a tiempo. Se nos están acabando los suministros.

Le tendió una caja con un letrero rojo escrito con tinta, que decía: *Ninguna representación sin contribución.*

—¿Qué me dices de echar en seguida una ojeada a mi máquina de escribir? Ahora ya funciona mal continuamente.

Harry asintió, recordando una promesa hecha con anterioridad, al tiempo que depositaba un par de dólares en la caja. En sus inicios, los Primates habían sido una organización de escritores de literatura fantástica, que disponía de una constitución y de unas obligaciones rígidas, pero todo aquello se había perdido hacía tiempo. En la actualidad, Harry y unos cuantos más se encargaban de pagar el alquiler del local, bastante bajo, y el único gasto era la cerveza. Ya no se llevaba ninguna lista formal de miembros. Aunque compuesta todavía en su mayor parte de escritores, artistas

e ingenieros interesados en la literatura fantástica, los que acudían a las reuniones mensuales sólo estaban unidos por el placer común que les causaba la conversación como forma más elevada de entretenimiento. Se parecían a aquellos grupos de Greenwich Village de generaciones anteriores, pero carecían casi por completo de la afectación consciente y del refinado anticonvencionalismo que constituyó la imagen típica de las reuniones más avanzadas y modernas del Village.

—¿Hay algún rastro de Fred Emmett? —preguntó Harry.

Dave murmuró algo desde debajo de la mesa, donde se afanaba en reunir unas cuantas botellas de cerveza para meterlas en cajas. La ancha cara de Tina se convirtió en una divertida sonrisa al contestar:

—Nora Blay se le ha pegado. Sospecho que quiere descubrir si ha aprendido algo de las mujeres europeas.

—Ningún rastro. —Dave se irguió y comenzó a colocar las cajas con los envases en los robustos brazos de Tina—. Estuvo por aquí, pero Nora se lo llevó casi en seguida. Dijo que te llamaría más tarde para lo de Sid. ¿Es algo importante?

—¡Quién sabe! Lo más probable es que no lo sea.

Si el mensaje de Sid era para pedir más dinero, tendría que aguardar; Harry le había enviado ya todo lo que le pudo sacar a Grimes, el fideicomisario a quien se había encargado la custodia de su dinero.

Dave asintió y siguió a Tina con un par de botellas en la mano como parte proporcional de la carga. A los Hillery les faltaba por lo general el dinero con que contribuir a la cerveza, y a cambio se encargaban de ir a buscar las botellas, disfrutando probablemente con esa oportunidad de dejar de lado el estado de pobreza que voluntariamente habían escogido. Dave era un artista de primera categoría, pero prefería escribir novelas de cuarta categoría, a lo que Tina daba su obvia aprobación, como a todo lo que él hacía.

Harry suspiró y se dirigió a la habitación que daba a la calle, sintiendo por un instante un último agujonazo de lo que le había llenado de pánico en la escalera. Sin embargo, allí dentro no había señal alguna de monstruos al acecho, sino un grupo bastante numeroso de personas de aspecto muy normal, a la mayor parte de las cuales veía y conocía desde hacía muchos años.

Unos minutos después, sin embargo, se dio cuenta de que su presentimiento era acertado y que el haber acudido al lugar había sido un error. No estaba de humor para una reunión de los Primates, y el tema principal de la conversación tampoco le ayudaba a convencerse de lo contrario, pues parecía centrarse en un relato aparecido en una revista sobre telepatía y otros fenómenos psíquicos, tema de moda en la literatura de ciencia ficción, y que a él le aburría tanto que ni siquiera leía los cuentos que lo trataban.

Incluso las conversaciones de los grupitos más dispersos parecían insípidas y demasiado conocidas: «... Trata de utilizar una docena de altavoces de cinco pulgadas formando un inmenso baffle para reducir la distorsión de Doppler... Igual que el uso que Parrish hace del azul en esas escenas de montañas. Yo empiezo con un baño de... Lo único que busca Nora es la seguridad. Debe de tener algo que ver con la envidia del pene. Necesita tratar de destruir a todo hombre que conoce, con la esperanza de hallar a uno más fuerte que ella. Si lo puede doblegar, lo abandona. Si no lo consigue, se va endureciendo cada vez más. Siempre tiene más fuerza que. Y pasaron ambos plazos, y nada. ¡Y todo eso precisamente durante mi crisis económica anual! Así que resolví escribir treinta páginas de mecanografía cada día hasta tener completos los libros, sin importarme la cantidad de tonterías que pudieran salir. ¿Y sabéis qué dijo el editor...? Ni siquiera mi psicoanalista me cree. No, de verdad. Me dijo que el complejo de Electra que tengo no cubre...».